Rosa Eugenia Montes Doncel, *Del estilo a la estructura en la novela de Fernán Caballero*. Sevilla: Diputación, 2001. 327 pp.

Los estudios sobre Fernán Caballero publicados por José Fernández Montesinos y Javier Herrero en la década de 1960 fijaron los rasgos decisivos en la formación de nuestra escritora. En primer lugar, el romanticismo heredado de los padres la llevó a identificar poesía y pueblo y proclamar el relativismo en materia de gustos. Ideológicamente, la adopción de un nacionalismo ultraconservador la acercó a una novela de costumbres *sui generis*, a mitad de camino de la descripción de la sociedad contemporánea y la nostalgia de un mundo en trance de extinción. Por último, su papel en la consolidación del incipiente realismo hizo de ella una digna, aunque limitada, predecesora de los grandes maestros del último cuarto del XIX. En años recientes, el auge del posestructuralismo ha potenciado otras lecturas de la obra de Fernán Caballero (especialmente de *La Gaviota*) que inciden en el tono subversivo de unos textos aparentemente monológicos. Desde la óptica feminista (Susan Kirkpatrick) o freudiana (Herrero), estas interpretaciones hacen hincapié en el carácter veladamente transgresor del mensaje autorial. Así pues, detrás de la condena explícita del personaje de Marisalada se defendería la emancipación de la mujer y el derecho a gozar plenamente de su sexualidad.

De nuestra apretada síntesis se desprende la ausencia de una aproximación formal a la obra de Fernán Caballero que sirva de contrapunto a la histórica y la hermenéutica. A este respecto, la monografía de la profesora Montes se presenta con el saludable propósito de “aplicación de la Estilística a la Narratología” (15), al objeto de “descubrir los cauces formales por los que se cuele la ideología” (18). Tras una “Introducción” que circunscribe los límites del trabajo y resume las ideas literarias de doña Cecilia, las secciones restantes se adentran en un pormenorizado análisis de tres componentes esenciales de la narratología: la focalización (capítulo II), el narrador (capítulo III) y la voz (capítulo IV). En cuanto a la primera, la multitud de ejemplos seleccionados demuestra que en la narrativa de Fernán convergen todos los tipos posibles: la focalización cero o visión “por detrás”, la focalización interna o visión “con” y la focalización externa o visión

“desde fuera”. El análisis del narrador, por su parte, aborda la interesante cuestión de la presencia de un autor y un lector implícitos en la narrativa de Fernán. Aspectos como la profusión de comentarios y digresiones, la elección de un determinado léxico o el recurso a la ironía dan pie a esbozar una imagen ideal de la autora en busca de un receptor que comulgue con la doctrina que se pretende inculcar. Finalmente, en la categoría de la voz se examinan los tipos de relación temática (bien de subordinación, bien de independencia) que el texto intercalado mantiene con el básico. Se incluyen a modo de colofón dos muestras de la experimentación de Fernán en lo referente al uso de los niveles narrativos: la multiplicación de relatos secundarios en *Cosa cumplida... sólo en la otra vida* y el cruce de narradores y narratarios en la novelita epistolar *Un verano en Bornos*.

Cabe destacar una muy recomendable objetividad en el talante de la profesora Montes, que la aleja tanto de la descalificación como de la apología que dividen a la crítica actual. Efectivamente, para algunos la narrativa de Fernán es fruto de una ideología reaccionaria que carece en absoluto de vigencia frente a la modernidad de Galdós, Clarín o Pardo Bazán. Otros, excesivamente apegados a su novela más conocida, juzgan su obra como un alegato en favor de la liberación de la mujer y la crítica consiguiente del patriarcalismo. La profesora Montes rehúye hábilmente la intransigencia de ambas posturas. Centrándose en un riguroso análisis estilístico y estructural ejemplificado en una amplia variedad de textos, los méritos y las carencias de nuestra autora se iluminan más allá de prejuicios ideológicos. Es importante resaltar también la fina disquisición que se lleva a cabo de las diferencias entre el *autor* (Cecilia Böhl de Faber) y el *autor implícito* (Fernán Caballero). Este desdoblamiento explica las divergencias de criterio que debieron de existir entre la personalidad indomable de la autora y el disfraz conformista que adoptó en su literatura a través del pseudónimo masculino. Se corroboran así las hipótesis del maestro Montesinos, quien lamentaba que la autocensura no hubiese dejado expresar a doña Cecilia todo lo que ésta llevaba dentro. Compartimos asimismo la opinión acerca de *Un verano en Bornos*, la novela más conseguida desde el punto de vista técnico y que (añadimos nosotros) está reclamando una edición moderna que la saque del olvido.

Por otro lado, nos parece que el resumen teórico que acom-

paña cada sección se diluye en un exceso de información que contribuye a la dispersión más que a la claridad. Además, el abuso de terminología académica, no siempre convenientemente explicada, dificulta a veces el entendimiento de tal o cual concepto. Es éste un mal endémico de la narratología de raíz genettiana, la cual termina por apabullar al lector en su afán por catalogar científicamente los elementos de la narración. En este sentido, el libro de la profesora Montes debiera ahondar más en la relación entre los aspectos formales y los ideológicos, verdadero objetivo del estudio, y menos en la enumeración *per se* de tal o cual procedimiento. Al final, nos queda la impresión de hallarnos ante un listado de técnicas narrativas bien documentadas que no siempre logran, sin embargo, transmitir la esencia del quehacer artístico de doña Cecilia. El libro, en suma, peca de prolijo y debiera haberse reducido su volumen en vistas a su publicación. Una revisión a fondo habría expurgado las partes accesorias de lo que debió de ser una excelente tesis doctoral.

A pesar de nuestras reticencias respecto de su extensión, *Del estilo a la estructura en la novela de Fernán Caballero* demuestra el acierto de examinar la obra de doña Cecilia desde un punto de vista formal. Por la condición de mujer e hispano-germana, la formación romántica y el cultivo de una novela costumbrista-regionalista, nuestra autora constituye una anomalía dentro de la historia literaria del XIX. Como tal, ha sido víctima y beneficiaria a la vez de una serie de lugares comunes que desatienden aspectos como los de la creación de un estilo, el uso de determinadas estrategias narrativas, la construcción de un universo novelístico o la filtración de una ideología. Afortunadamente, para los que pensamos que en literatura no hay contenido sin forma el libro de la profesora Montes empieza a poner las cosas en su sitio.

Toni Dorca
Macalester College